



EMILIO DE DIEGO

Real Academia de Doctores de España

Nueve de mayo, y oigo en Yuste hablar de Europa. Esa mañana no podía ser de otra manera en la basilica del recinto jerónimo, donde el gran emperador europeo oraba a Dios, en español. Bandera, música, himno, día, evocación, plantación del olivo de la paz... Premio Europeo Carlos V a los itinerarios culturales del Consejo de Europa... y fiesta europea. Sobre todo como expresión cultural. Yuste, escenario icónico, voluntad pétrea que invoca la brujula de Europa desde España, de Norte a Sur y de Sur a Norte; del «César» Carlos a Felipe VI. Señala el camino a través de los itinerarios que hoy se premian y que, a modo de artefactos, vivifican el europeísmo a partir de la realidad directa. Demostración fehaciente de la armonización positiva de las peculiaridades de pueblos y naciones. Al fin y al cabo estas no son otra cosa que las múltiples formas de ser europeo, según decía Madariaga. Nueve de mayo, y escuché el acto S.M. el Rey y le acompañan el secretario del Consejo de Europa que recibe el galardón; autoridades españolas en tránsito de dejar de serlo, o de

EUROPA EN LA ENCRUCIJADA

caambiar de puesto, y el presidente de Extremadura. Palabras de éste con acento regional; del noruego Thorbjørn Jagland insistiendo en el constitucionalismo y la democracia; y, finalmente, de Felipe VI. Todos hablan de Europa y sus valores: libertad, paz, igualdad. Pero sólo el monarca alude, no de pasada, sino poniendo especial énfasis en él, al otro factor que los hará posibles: la solidaridad. Sin ella todo queda en retórica vacía. Más allá de la fecha conmemorativa, el rey, de manera contundente, postula una vez más la unidad de España, como posibilidad y requisito para hacer, desde aquí, ayer, hoy y mañana la Europa de todos, día a día. Se refiere Felipe VI a esa Europa como algo siempre en construcción, con sus luces y sus sombras, sus aciertos y desaciertos, huyendo de cualquier complacencia paralizante. Por eso llama al análisis riguroso y a la reflexión serena, un ejercicio obligatorio

desde la historia, como medio más adecuado para proyectar lo mejor hacia el futuro. El rey advierte así del trabajo, del esfuerzo y aun del sacrificio que esa Europa perfectible demanda. Como primer reto, acercar sus instituciones a los ciudadanos, para reafirmar el sentimiento de pertenencia a algo nuestro.

Nueve de mayo, oigo en Yuste hablar de Europa asumiendo compromisos como lo hicieron los herederos de Coudenhove Kalergi, entusiastas de la pan-europa de entreguerras hecha carne, al fin, tras la segunda tragedia europea. Salen a colación los nombres de Schuman, Adenauer, Monet, Delors y otros, cuya evocación parece obligada en cualquier discurso europeísta. Y escucho la voz del rey de España que nos convoca, como ellos, a superar las tentaciones seudoesclavistas del nacionalismo allicorto, trasnochado e insolidario. Dentro y fuera de nuestro país. Felipe VI señala una de las

raíces de esa amenaza, en estos momentos críticos, para el europeísmo y para España. Denuncia la especie de alzheimer colectivo, inducido por la ignorancia del pasado. Un error, más grave, en nuestro caso, por la fijación revanchista de una historia parcial, falsa y confrontativa, cuya secuelas son la desorientación colectiva, la pérdida de conciencia de nosotros mismos y las convulsiones emocionales y dramáticas de una sociedad fragmentada. Estamos citados, en breve plazo, a demostrar que Europa es el futuro y que el caísmo plurilateral, con el episodio final en los Balcanes hace un cuarto de siglo, ha quedado atrás. El viejo adagio plasmado en la expresión «la unión hace la fuerza», parece indiscutible, porque llama a canalizar los recursos comunes para optimizar los resultados, favoreciendo la convivencia en paz. Se trata al fin y al cabo de recuperar la confianza en nosotros mismos, y en los otros, que es el humus adecuado en el cual sentar la cooperación más fructífera. Recordemos a dónde venimos, tan solo a unas décadas, y miremos dónde estamos.

Nueve de mayo y oigo en Yuste hablar de la Europa que viene a ser una llamada constante a la afirmación de nuestras señas de identidad. El mejor espacio físico y espiritual, visto a través de la historia, para proyectar como seres humanos nuestras posibilidades. Un ámbito de esperanza para las generaciones actuales y futuras. Sin embargo muchos hablamos de Europa, pero no todos la hacemos, aunque estemos invitados a ello. Esa tarea queda en el haber de quienes tienen el coraje y la grandeza de miras que se requieren para llevarla a cabo. El rey marca el camino. Lejos de las simplificaciones de otro momento, no creo que España sea el problema y Europa la solución, al modo orteguiano. Pero tampoco a la inversa en clave unamurriana. Europa hoy simplemente nos desafía a que respondamos como españoles, la forma de ser europeos que nos define si queremos mejorar nuestras posibilidades en todos los órdenes, o a la inversa. Hay y habrá momentos difíciles; tiempos de duda, pero tendremos que seguir avanzando en la búsqueda de un horizonte ilusionante. La primera estrofa del himno de Europa invita al optimismo. Escucha hermano la canción de la alegría...



RUIROS